

843

H.

PQ 2276

. H7

G78

v.4

ES PROPIEDAD.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## LAS GRANDES DAMAS.

### LIBRO IV.

#### LA AMANTE ANÓNIMA.

##### I.

##### LA GOLONDRINA DE VIOLETA.

Los que asististeis al matrimonio de Parisis y de la señorita de la Chastaigneraye, ya sabeis que la noche de bodas fué una noche de luto. El espectro de Violeta se levantó ante los desposados; por mas que se abrigaron en su amor, la pobre jóven sacrificada paseó en la cámara nupcial la sombra de su sudario.

La dicha es así: jamás llega con un cortejo que rie y canta sin pesares. Mirad esos rostros alegres: no veis algunos que se inclinan para ocultar sus lágrimas?

Dos desposados, cualquiera que sea el candor de la mujer y cualquiera que sea la nobleza de corazon



del hombre, traen siempre el uno al otro un pasado que tiene sus nubes.

Hágase lo que se quiera, no se pueden borrar las páginas vívidas en el libro de la vida.

Y además de esto los puntos negros del pasado hacen brotar los puntos negros del porvenir; los fantasmas aparecen en la aureola de su virtud á la hora misma en que los vivos muestran las imperfecciones de la naturaleza. El recuerdo tiene esto de hermoso, que no guarda en amor mas que las sonrisas de las personas queridas.

Pero cada día trae su pena como su alegría; el sol al levantarse siembra con sus rayos de oro la esperanza de la dicha; el alma que está mas desprendida de las fiestas del mundo vuelve á cantar, á pesar suyo, su canción en el concierto universal.

He aquí porque Octavio y Genoveva se levantaron risueños al siguiente día de su enlace, olvidando á Violeta y no pensando mas que en vivir de su amor.

Jacinta les habia despertado á las doce, tocando en el piano *El sueño en una noche de estío*. El almuerzo fué encantador. Una golondrina estraviada, la última de la estación, fué á batir sus alas encima de la mesa, lo cual hizo decir á Genoveva:

—Es la mensajera de la dicha.

Jacinta la cogió y la dió un beso. Genoveva queria atar á sus patitas un lazo de azul celeste que llevaba en su peinado; mas cual no fué su sorpresa al

observar una cintita color de violeta en el cuello de la golondrina!

—Trae ya un lazo, exclamó Genoveva.

—Desatémolos; quizá es un secreto, dijo Jacinta.

—Nó, replicó Genoveva, es un simple recuerdo.

Pero Jacinta habia desatado la cintita color de violeta.

—En verdad, dijo, que esto parece una cosa de hadas.

—Porqué?

—Ved, pues.

Octavio y Genoveva se disputaron quien cogeria primero la cintita; Genoveva fué la primera en cogerla. Luego la dejó caer palideciendo.

—Violeta! exclamó.

—No os pongais triste por esto, dijo Octavio despues de haber leído á su vez el nombre de *Violeta* en la cintita. Es sencillamente una golondrina de Pernand que ha cruzado por Parisis, arrojada por el otoño. Bate las alas: sin duda tiene por aquí otras amiguitas que se quiere llevar con ella para disfrutar la primavera eterna.

—Quien sabe, observó Jacinta, si es una golondrina domesticada á la cual se ha bautizado con el nombre de Violeta?

—Es posible: de todos modos es necesario devolverle la cintita.

Jacinta seguia teniendo bajo su mano la hermosa golondrina que picoteaba sin asustarse.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1925 MONTENEGRO, MEX.



Genoveva le ató la cintita color de violeta; el lazo azul estaba ya atado en una de sus patas. La besó con dulzura y la devolvió su libertad.

—Vete, avecita mia, dijo la señora de la Chastaigneraye: si subes hasta las nubes, y encuentras el alma de Violeta, acaríciala con tus alas como un recuerdo mio.

Esta nube pasó con rapidez; se dió un paseo en las sombrías avenidas del parque, ya un tanto místicas y despojadas por las primeras brisas del otoño.

Dios concedía á la tierra, uno de esos bellos dias de octubre, en que la naturaleza resplandece bajo los mas luminosos colores. Los tonos verdes del estio, mordidos aquí y allí por el sol, habian revestido tintas de oro y púrpura; los estambres del solano se enredaban en los tallos de los rozales silvestres, que sonreian á la mirada por sus frutos encarnados, como el árbol de los pájaros, como las moreras salvajes, como las ciruelas salvajes.

—Ah! cuan feliz me siento! exclamó Genoveva echándose en brazos de Octavio.

El jóven contestó dándole mil besos: él tampoco habia sido tan feliz como en aquel instante.

Esto consistía en que D. Juan de Parisis, nunca habia apoyado contra su corazon, un corazon tan noble y tan puro; esto consistía en que nunca habia bebido en los lábios de una mujer un alma tan divina.

## II.

## EL CUADRO DE LA DICHA.

Parisis se hallaba maravillosamente dotado para hacerlo todo. Por esto quizá nunca habia hecho nada. Ya se sabe que poseia el sentimiento del arte en su mas alto grado. Las horas que siguieron á su matrimonio, las destinó á dar encantadoras sorpresas á Genoveva: la jóven era sobre todo, en pintura, aficionada á los paisages, no tan solo porque eran imágen de la naturaleza,—divina imágen de Dios,—sino porque los poblaba á su capricho: su imaginacion, siempre creadora, representaba en ellos las escenas románticas que inventaba.

Al siguiente dia de su enlace, observó que habia demasiada vegetacion en el parque; casi no penetraba la luz, los horizontes se hallaban demasiado próximos, y hubiera querido mas perspectivas, mas puertas que se abrieran hacia lo infinito.

Decia la jóven que el defecto de los paisagistas modernos consistía en pintar nada mas que una pequeña parte de algun valle ó de algun bosque, sin curarse de las lontananzas. He aquí porqué era afi-



cionada al paisaje de estilo, aunque fuese demasiado azul, como en Leonardo de Vinci, ó demasiado verde como en Rafael. Quería, sobré todo, el paisaje del Pousino que piensa en los árboles y en las nubes.

El duque de Parisis reprodujo lo que hizo el duque de Antin con Luis XIV; en una noche hizo derribar muchos árboles que cambiaron el aspecto del parque.

Al siguiente día, cuando el sol llegó á su cenit, cogió á Genoveva de la mano y la llevó á una de las grandes ventanas del castillo.

—Mira, le dijo.

La jóven quedó sorprendida.

—Ah! exclamó; hoy se respira bien: ayer se respiraba la tierra, hoy se respira el cielo.

Parisis tuvo un placer en convertirse en un paisagista de la naturaleza. Armado de un martillo con el cual señalaba los árboles, estudiaba todos los puntos de vista, y condenaba todos aquellos que despoetizaban el conjunto, aquel por su follage vulgar, aquel otro por su mal dibujo. Por espacio de algunos dias imitó así á los Pousino, á los Diaz, á los Claudio de Lorena, á los Rousseau, á los Ruysdael, á los Corot y hasta á los Pablo Potter y Rosa Bonheur, toda vez que mandó llevar rebaños al parque.

Segun que el admirador emprendiese por tal ó cual avenida, hallaba paisajes con grandes masas de luz, con horizontes perdidos, con árboles seculares de copa hasta las nubes, ó bien veía páginas ani-

madas, el prado con sus vacas, cascadas con sus peñascos, ó pastores con rebaños.

No aconsejaré á los castellanos y castellanas que se fastidian que imiten á Parisis; mas me apresuraré á decirles que este capricho no puede realizarse mas que en los primeros dias de otoño, cuando los árboles se pueden trasladar á otro punto sin martarlos. No olvidemos que los árboles viven como nosotros y que si no necesitamos de su abrigo despues de haber gozado su sombra, en cambio nos sirven para otros usos.

Todas las noches la dulce Jacinta se hallaba en el salon y cantaba.

Octavio y Genoveva se hallaban contentísimos de hallarse solos en aquella estacion de su amor, para saborear la luna de miel con mas placer. Aunque Jacinta estuviese allí, los jóvenes creían que solo eran dos; su amiga no turbaba su duo por mas que cantara. Hay en Borgoña muchas leyendas como la de Parisis, y Jacinta cantaba la siguiente, con un sentimiento que podria calificarse de gótico:

Se oye á lo lejos el canto del mirlo,  
El músico afina su dulce violin,  
Baillad, niñas bellas, la noche es hermosa,  
La plácida aurora no anuncia su fin.

Hácia un castillo de torre altanera  
Que al fondo del lago su sombra escondió,  
Camina un mancebo, gentil y gallardo,  
La dama que aguarda no en vano aguardó.



Rielan estrellas por entre las nubes,  
Al viejo castillo penetra el doncel,  
Mas ay! que el esposo ya afila su espada  
Oculto en el bosque con saña cruel.

Se oye á lo léjos el canto del mirlo,  
El músico afina su dulce violín,  
Bailad, niñas bellas, la noche es hermosa,  
La plácida aurora no anuncia su fin.

Cual otra Julieta que aguarda á Romeo,  
Esclama la jóven del aima al calor:  
—Me siento dichosa! Cantemos, bien mio,  
Las notas queridas del himno de amor!

La besa el mancebo, la dama suspira,  
Se abrazan, se miran, con mágico afán,  
Mas suena la hora de la despedida:  
—Adios, niña mia!—Adios, mi galan!

Se oye á lo léjos el canto del mirlo,  
El músico afina su dulce violín,  
Bailad, niñas bellas, la noche es hermosa,  
La plácida aurora no anuncia su fin.

Ya sale el amante, y desde la ojiva  
La hermosa repite al verle marchar,  
Adios! y de pronto fulgura una espada,  
Y vé entre las flores su sangre brotar.

La dama llorosa, de miedo transida,  
Se postra de hinojos, invoca el Amor,  
La escala de seda dejado allí habia,  
Por ella el marido ya asciende en furor.

Se oye á lo léjos el canto del mirlo,  
El músico afina su dulce violín,  
Bailad, niñas bellas, la noche es hermosa,  
La plácida aurora no anuncia su fin.

—Soy yo, mala esposa! Mi rápido acero  
Mi mancha, mi afrenta aun no lavó,  
La sangre destila del yerto mancebo,  
Tomad! —Y su frente de sangre tiñió.

—Vivid, mala esposa! Besad esta espada  
Que salva mi honra y así sabe herir.  
—No quiero una vida que fuera muy cara,  
Yo miedo no os tengo, pues voy á morir!

Se oye á lo léjos el canto del mirlo,  
El músico afina su dulce violín,  
Bailad, niñas bellas, la noche es hermosa,  
La plácida aurora no anuncia su fin.

Empuña la dama la hoja que humea,  
La lleva á sus lábios, su sangre besó,  
Escena terrible que el ánimo hiela!  
Tragedia sombría que una honra vengó!

De pronto en la vieja y oscura ventana  
La dama tres golpes al pecho se dá,  
La sangre de él brota y cae en la frente  
Del pálido jóven que allí muerto está.

Se oye á lo léjos el canto del mirlo,  
El músico afina su dulce violín,  
Bailad, niñas bellas, la noche es hermosa,  
La plácida aurora no anuncia su fin.



### III.

#### EL ALMA DE LA CASA.

Genoveva había transformado la fisonomía interior del castillo, en tanto que se reformaba la fachada, que se construían los invernaderos y que se replantaban aquí y allí, en el parque, árboles estraños con la fabulosa rapidez del duque de Antin ó del señor de Alphand. Todos los aldeanos de la comarca se quedaban sorprendidos ante aquellos cámbios; no podían creer que los árboles en flor, ó con hojas, pudiesen viajar como personas y ser traídos por cuatro caballos para ser plantados y vivir al lado de las encinas seculares.

La jóven había convertido el castillo en un palacio. Se conoce ya su pasión por las obras de arte; ella había querido también presenciar las compras de su marido en casa de Barbedienne, en el taller de Clesinger, en el de Isabey, en las subastas de Demidoff, de Salamanca, de Diaz y de Khalil-Bey. Tan pronto como se franqueaba la puerta del castillo, se quedaba uno maravillado ante el gran aspecto que las obras maestras le daban. Dos admirables estatuas represen-

tando la *Primavera* y el *Otoño*, rejuvenecidas por el cincel de Jouffroy; dos hermosos grupos representando la *Caridad* y la *Maternidad*, esculpidos por Bonassieux con un sentimiento de unción divina, sonreían á vuestro paso. La antigua escalera de piedra, se había sustituido con peldaños de mármol, traído de los Pirineos; los lienzos de las paredes se habían revestido con mármol blanco, encuadrado por cenefas encarnadas. A la derecha del vestibulo se hallaba una antecámara donde estaban suspendidos cuatro cuadros del caballero Liberi, representando escenas mitológicas, frescas encarnaciones, graciosas desenvolturas, cabezas hermosísimas que engañaban el ojo y ocultaban los defectos del artista.

Se pasaba luego á tres salones que con sus techos ensamblados, pintados por Bonbouloune y Santerre, sus cortinas en seda de Lyon, sus alfombras de Persia y sus muebles á lo Luis XVI maravillaban los ojos de los que estaban más acostumbrados al lujo. Era la aristocrática sobriedad de la verdadera riqueza; esto, sin embargo, al ver aquellos jarrones, aquellos cuadros, aquellas estatuas, aquellos libros raros, aquellas mil futilidades de la vida espléndida, se comprendía que allí vivía una mujer.

En el segundo salon veíanse cuatro retratos de cuerpo entero de los últimos cuatro París pintados por Champaigne, Rigaud, Vanloo y Gerard. Todos se parecían aunque cada uno llevaba muy marcado el estilo del artista. Nunca raza alguna había conser-



vado con mas orgullo su espresion; parecian estereotipados por la naturaleza. Cuando Octavio se ausentaba por algunas horas, Genoveva siempre iba á aquel salon de sus abuelos; tanta semejanza tenian con él estos retratos.

El tercer salon estaba adornado con cuadros al pastel, y era llamado el salon de las abuelas: se veian allí todos los estilos, desde el de Nanteuil que dibujó con lapiz las duquesas y las Ninon de su época, hasta Isabey que en tiempo de la Restauracion, hacia sonreir á los desalmados del 93. Las abuelas eran muy numerosas, pues habia las hijas con las madres; toda una fiesta que alegraba los ojos. Aquí se veia un Rosalba, allí un La Tour, mas lejos un Vigée-Lebrun. El se habia comido un tanto sus rosadas megillas, pues sabido es que el sol se come un poco de todo; pero en su misma palidez conservaban un encanto mas dulce, mas tierno, mas penetrante: no parecia sino que allí uno se encontraba en familia por mas que no se perteneciese á la de Octavio.

Aquellos tres salones se abrian sobre una inmensa azotea desde la cual se descendia al jardin. Tambien se abria allí el comedor que estaba á la otra parte del vestibulo. Era otra maravilla: se hallaba adornado con tapices de los Gobelinos, representando las cuatro partes del dia, simbolizadas en Diana cazadora y en sus ninfas; las puertas y ensambladuras se veian talladas en ébano; un reloj de Boule, un verdadero monumento del arte, brillaba sobre una chime-

nea de piedra esculpida al estilo de German Pilon. Las ventanas encuadraban cristales, representando las cuarenta y ocho horas de la caza; el mantel estendido sobre la mesa, no ocultaba por completo los admirables mosaicos traídos de Italia por uno de los Parisis que habia cruzado los montes con Luis XII. Habia otro comedor de familia al lado de este, donde Diaz y Chaplin habian pintado gavillas de trigo, grupos de rosas y uvas en que jugaban amorcillos desnudos. Aquello era alegre y estimulaba el apetito; en aquella estancia se sentia hambre y no se comia en ella, sino cuando se estaba en familia ó cuando el número de los convidados era escaso.

No hablo de los gabinetes de tocador y de verano, del fumadero y de la sala de armas ni de otras tantas piezas adornadas con gusto y con lujo. La sala de armas por las riquezas que contenia hubiese constituido la envidia de Nieuwerkerke, el dueño por excelencia de las mas bellas armaduras y de las espadas mas preciosas.

El primer piso estaba consagrado al sueño y no se contaban en él menos de veinte estancias adornadas con telas antiguas de Persia, sederias de damasco y brocados. Bajo el pretexto de que se querian vivir temporadas en el campo no se habian querido hacer las economías que hacen siempre los castellanos pobres.

Genoveva habia variado el mueblage con espléndida mano: aquí lechos y cómodas de Boule, ó mejor



dicho según la escuela de Boule; allí el palo de rosa, mas lejos el ébano. Había allí todas las formas, todos los estilos, todos los modelos desde el Renacimiento hasta el día. Todo llevaba su sello, todo revelaba el gusto.

Veíase en aquel hermoso castillo, la alegría y el contento en todos, así en los huéspedes como en los dueños principales.

Y que lujo de caballos y de coches para ir á paseo! Que atalajes reales para las cacerías! Que jaurías para las matanzas de ciervos, faisanes y jabalíes! Nunca la aristocrática vida había sido mejor comprendida.

Octavio se sentía tan feliz que tenía miedo del mañana.

## IV.

## LOS ALDEANOS.

Parisis no quería ver en provincias mas que los provincianos de Paris. Esto, sin embargo, tomaba á placer el estudiar algunos tipos de aldea que aun parecen conservar el sabor del terruño. Así estudiaba el hombre en el aldeano, pasmado de encontrarle siempre tan desnudo en el orden moral.

En la curiosa galeria de aquellos labradores, se destacaba la severa figura de un sábio viejo que no leía mas que en el gran libro de la naturaleza. Por espacio de largo tiempo había contemplado el horizonte fijado por la Academia de Ciencias. La había enviado memorias tras memorias; había escrito no sé cuantos volúmenes sobre el reino vegetal, hasta que, en fin, después de luchar á brazo partido con ese diablo engañador llamado la ciencia, la verdadera sabiduría había descendido al fondo de su espíritu; se había convencido de la nada de las vanidades de la pluma y la palabra, había comprendido que la naturaleza era el último amor de los hombres, había plegado su bandera y despidiéndose de la Academia



se había ido á morir en paz, solo, en el campo y frente á frente á las montañas.

Era un vijecito que frisaba en los ochenta años del cual, al primer golpe de vista no se veía mas que sus cabellos blancos y sus gafas verdes. Paseaba todo el día sin hacer mucho camino, pues dejando aparte que no iba de prisa se detenía á cada paso para estudiar cada detalle de la creación. Este hombre hubiese podido escribir un libro como Javier de Maistre, un viaje desde el riachuelo á la fuente, desde el camino al sendero, en torno del prado, ó bien en torno del parque.

Vivía á un extremo de Parisis, cerca del cementerio y vivía en una casa de pobrísima apariencia, aunque adornada en su frontis por las hojas de un parral hermoso y de dos rosales que brotaban á uno y otro lado de la puerta. En las ventanas la golondrina construía su nido.

El sábio viejo moraba allí, solo, con un pobrísimo menaje. Había disfrutado de alguna fortuna; pero el amor á la ciencia cuesta algo caro. Se había arruinado para imprimir sus libros y para comprar los de los otros. Lo poco que le quedaba lo había dejado á una sobrina que le trataba de loco. Esta mujer, que vivía en Ravenay, le recibía en su mesa y pagaba el alquiler de su cabaña. Nada comprendía de los hermosos sueños de su tío. Sabía únicamente que en ellos había perdido las tres cuartas partes de su fortuna. Hé aquí porque se veía en la precisión de mante-

nerle. Como era devota, rogaba á Dios con frecuencia que la librara de su tío en la generosa idea de que Dios no podía conceder mejor gracia á un viejo sin cabeza y sin fortuna. Dios, que sin duda se complacía en ver á una de sus criaturas en tan poética contemplación, delante de la obra eterna, Dios se guardaba mucho de atender las sacrílegas súplicas de la beata.

En otro tiempo el señor Jericó había gozado el derecho de entrar á cualquier hora en el castillo, y hasta el sábio viejo tenía una llave para entrar en el parque y los jardines donde se paseaba á sus anchas. Octavio lo sabía. En cierta ocasión le halló frente un líquen con su pequeño azadón en la mano. «Bravo! decía entre dientes, mi herbario es mas rico de lo que creía.» El señor Jericó llamaba su herbario al parque del castillo. Octavio y Genoveva no lograron distraerle de la alegría que le ocasionó aquel hallazgo. Al verles se contentó con saludarles bien como si hubiese hallado unos forasteros en el campo.

A Genoveva le chocó tanto aquello y desplegó tal maña que en pocos minutos hizo decir al viejo cuanto quería saber. Quedóse pasmada al encontrar un sábio que tenía tan buen sentido y hasta no poco talento, pues el señor Jericó no había estudiado únicamente las plantas, sino que, como Linneo, su maestro, había estudiado la criatura humana. Al contrario de muchos sábios que no hablan, porque quieren escribir, el señor Jericó, desde que había ti-



rado la pluma, hablaba por los codos y no sin cierta risueña elocuencia.

A los tres encuentros fué recibido en el castillo como un antiguo amigo. Comió en él tres veces. Aunque muy frugal, comía con gusto y bebía sin hacerse de rogar dos ó tres dedos de vino de Chamberlin para distraer el ánimo y dar vida al corazón, según él decía. A la noche, cuando tomaba la palabra, olvidaba las horas y las hacía olvidar. Relataba curiosos episodios de su vida de sábio en París y en provincias. No se permanecía siempre en el dominio de la ciencia pura y sencilla: había presenciado más de una comedia política y más de un drama apasionado. Había cruzado más de una grande época y había figurado en más de un acontecimiento grande. En una palabra hablaba de todo.

Cierto día, después de comer, el señor Jericó se paseaba en el parque con sus huéspedes, y Octavio, contemplando una magnífica puesta del sol, hizo la apología de la vida rústica. El sábio viejo, que todo lo veía con mirada fría, improvisó una sátira contra la vida de los aldeanos, que, según él, no tenían tiempo de asomar su nariz á la ventana, ocupados en amasar dinero para cuando llegasen á viejos.

—Conocí, dijo sonriendo con tristeza, un viejo de mi edad que no hacía otra cosa que atesorar para la tumba. No sé porque se vive en el campo si no se asiste al magnífico espectáculo que la naturaleza ofrece. Jamás he encontrado un aldeano rico ó pobre

que se haya detenido para ver una flor, un pedazo de cielo, ó el sonreír de la aurora. Los pobres únicamente aman al sol porque se calientan á sus rayos á falta de leña; los ricos que tienen leña encienden lumbre y no hablan del sol más que para acusarle de que se levanta tarde y se acuesta temprano en perjuicio suyo y en beneficio de los jornaleros. Creedme: á la naturaleza se la venera más en la calle de Monffetard: cuando se ve el sol se sonríe y se adorna con flores la ventana. En el campo, se tiene, desde jóven, el corazón *amonestado*: el dinero preocupa toda la vida. No se vive: se corre tras la plata. Todo es cuestión de maravédises: la mujer que os ama, los hijos que juegan cerca el hogar, la sombra que sombrea vuestro rústico banco. Esta lepra ha ganado todos los corazones.

El señor Jericó pasó á los ejemplos: Los que son amigos de la verdad pueden detenerse ante los cuadros de género pintados por aquel sábio.

—Hace ocho días, dijo, uno de esos matrimonios que se titulan de amor dejó de realizarse en la aldea de Parfondrie, situada al otro lado de la montaña, porque á última hora el cura advirtió á los futuros esposos que en su calidad de primos debían pagar ciertos derechos á la Iglesia. Los jóvenes se querían mucho; más el padre del nóvio no ha querido entrar en esos gastos imprevistos. Dijo que este particular se podía prescindir muy bien de la Iglesia. El padre de la nóvia insistió que se llenasen todas las condi-



ciones, pero sin que quisiese desembolsar un cuarto. A estas horas el desconsolado nóvio anda por esos mundos de Dios buscando otra mujer que no sea su prima.

—Esto no es posible! exclamó Genoveva.

—Desgraciadamente no es sino la verdad, señora: permaneced aquí tan solo un año y no os admirareis de nada. Hay mil historias cual esta. El médico podría contaros otra: un labrador de la misma aldea tenia su mujer peligrosamente enferma y el médico ordenó al esposo que fuese á una botica de otra aldea para que se le despachase una receta. El labrador miró esta última: viéndola tan larga, creyó que costaria tres ó cuatro escudos, es decir, el precio de tres ó cuatro jornales, de tres ó cuatro cerditos, ó bien de la contribucion de inmuebles. Se negó á ir á casa el boticario, diciendo que se sentia muy fatigado aquella noche.

—Pero quizá mañana vuestra esposa habrá muerto, le dijo el médico.—Lo sentiré muchísimo. Si siempre está enferma! Somos bastante ricos para que se ande con recetas? Esto es bueno para los que tienen dinero!

El médico salió con la intencion de traer la pócima en aquella misma noche. Hacia las once, antes de llegar á Parfondrie, un hombre que corria asustó su caballo.—Ah! sois vos Laroche? Como está vuestra esposa?—Lo ignoro: me ha sucedido una gran desgracia. Mi pobre vaca, es decir, cuanto poseo, mi pedazo

de pan, está cercana á morir por haber comido yerba envenenada.—Y á donde vais?—Se me ha dicho que vaya á buscar el remedio á casa del boticario.—Miserable! y no vais allí para salvar á vuestra esposa!—Ah! Dios mio? es cierto: con esta desgracia se me olvidó vuestra receta.

El médico picó el caballo, y llegó á casa el labrador. Reinaba en ella el desorden, no por la mujer, sino por la vaca. Esta fué salvada, y la mujer murió. Creéis que el labrador se halla triste? Se habla ya de su próximo enlace, y en la taberna ha dicho que una mujer no cuesta tanto como una vaca.

—Que aldeas tan preciosas sino hubiese aldeanos! exclamó Genoveva. Pero la gente es mejor en Champauvert, por que en el castillo ha vivido mi tia.

—Yo, dijo Octavio, me quejo de la civilizacion bajo el punto de vista del paisaje. Los caminos de hierro y las máquinas hacen desaparecer los bosques y montañas.

Genoveva replicó á Octavio, diciéndole que no conocia bien la naturaleza, la inestinguible é invencible naturaleza, que desafia al hombre y su compás. Para amar á esa eterna enamorada, es preciso alargar los brazos, vivir entre sus mágias, bajar á sus luminosos abismos, escuchar sus adorables sinfonias.

—Para amar la naturaleza, observó el señor Jericó, es necesario no ver mas que las bestias, y dejar de ver á los labriegos.



Octavio, que, con frecuencia habia deificado el oro, dijo que él tenia la culpa de todo.

—Nó, dijo el señor Jericó: el aldeano no es tan malo como parece: decretadle la gallina que Enrique IV deseaba poner en el puchero de todos sus súbditos; enseñadle á leer, colocad en las aldeas una docena de buenos libros, y hareis del aldeano un hombre que no empañará el brillo del paisaje.

## V.

## ANTONIO Y ANTONIA.

Octavio se paseaba con frecuencia á caballo, explorando aquel hermoso país, que no habia visto desde hacia mucho tiempo.

Fué el recuerdo de Violeta, lo que le atrajo al castillo de Pernand? Es posible. Las casas y los jardines guardan siempre algo de las personas que han vivido en ellos. A Octavio le constaba que no hallaria á Violeta en Pernand, ni aun su retrato; mas le parecia que respiraria allí no se que dulce perfume de aquella alma encantadora.

De Parisis á Pernand no median sino cinco leguas; se tienen que cruzar dos montes sembrados de bosques y viñedos; un verdadero paseo para un caballo y un ginete.

Cuando Parisis llegó frente el castillo, se quedó sorprendido al ver en su puerta una caravana de bohemios que tocaban el violin, el tamboril y la gaita. Eran italianos, quemados por el sol, vivarachos, alegres y bulliciosos. Octavio se preguntó porque daban aquel concierto frente al castillo solitario.



Hizo una seña al tocador de violin para que se le acercara, y le dió un luis.

—Por qué tocas?

—Que tontería! dijo el niño; toco porque esto me divierte. Harto sé que no hay nadie, puesto que la señora ha muerto.

—Que señora?

—Que tontería! la señora que tomó un veneno.

Octavio no dudó que aquel niño era el famoso tocador de violin.

Lo examinaba con detenimiento, en tanto que el pilluelo miraba con alguna sorpresa el luis que habia recogido, cuando vió llegar la *prima donna* de la compañía, la cual era una italiana de quince años, que no sentía aun los impulsos de la coquetería.

Parecia un pilluelo como los demás y era adorablemente hermosa.

No deseaba mas que jugar, reir, cantar, correr y bailar. Sus quince años eran como una canción chispeante. Estaba ya en la juventud florida, sin saber que era ya doncella.

Aquella flor en todo su brillo, era una flor salvaje. El jardinero de la civilización, no habia aun quitado el alma á su cuerpo.

O mejor dicho, si tenia un alma, la dejaba aun dormir en el corazón. Como en algunas mujeres era indispensable que el amor hiciese en él la luz.

Al principio tendió su mano á Octavio; pero sintiendo caer sobre ella, como dos rayos reveladores,

los ojos del mancebo, la niña metió la mano en su bolsillo y se volvió.

—Quién es esa loquilla? preguntó Octavio al gefe de la compañía.

—Mi prima.

—Como! tú prima viaja contigo? Que dirá su madre?

—Qué tontería! su madre no la dirá nada porque ha muerto.

—Por qué vinisteis aquí?

El pilluelo creyó que debia responder á un hombre que daba un luis. Contó que habia pasado todo un invierno en el castillo con la señora Portien, que habia ido á Italia, que no queria este país porque siempre habia en él revoluciones, que habia vuelto á Francia donde habia mas dinero, y que cruzando aquella comarca, habia querido ver el castillo de Permand, donde tanto se habia fastidiado y divertido.

Octavio seguia mirando á la *prima donna*.

—Haz cantar á tu prima, dijo.

El empresario de la Compañía dió, de una manera brutal; órden á Antonia para que cantase. Pero ella le miró al soslayo y no quiso abrir sus lábios.

—Voy á pegarte! le dijo su primo.

Ultrajada por esta amenaza pronunciada en voz alta, Antonia cogió al pilluelo y le hizo morder el polvo.

—Bravísimo! exclamó Octavio. Hé aquí una chica que no es manca.



Pero no había murmurado estas frases cuando la pobre Antonia, atacada por la Compañía, mordió á su vez el polvo del camino. Furioso su primo la pegó con su violín antes de que Parisís tuviese tiempo de bajar de su caballo.

Octavio le cogió por una oreja y le sacudió con fuerza.

—Ah tuno! crees acaso, dijo, que te he dado un luis para que azotes á la pobre niña?

Parisís cogió su otra oreja. La *prima donna* se había levantado.

—Hé aquí, dijo ésta, como me paga desde que estamos en Francia. En Italia no se pega á las niñas.

—No te pegará mas. Yo le vigilaré aunque esté léjos de mí.

El pillete se asustó y cayó de rodillas.

—Toma, le dijo Parisís, aquí tienes otro luis; pero cuida mucho de no pegar jamás á tu prima.

Subió á caballo y marchó para volver á Parisís.

Como en el monte el caballo tenia que ir al paso, Octavio se quedó sorprendido al ver llegar á Antonia sofocada por el cansancio.

—Signor! Signor! gritaba, salvadme de Antonio. Luego que comprendió que vos estabais léjos, volvió á pegarme.

—Corriente, ven conmigo.

Retrocedió y se dirigió á casa el cura de Pernand. No le conocia; pero estaba seguro de que encontraría allí un buen corazon y un buen consejo.

Sorprendió al cura cultivando su jardín, como Cándido, y en la creencia de que todo marchaba perfectamente bien en este mundo, que, segun él, era el mejor de todos. Octavio le presentó Antonia.

—Señor cura, le dijo, soy el duque de Parisís. Os presento una niña que viene de Italia para buscar fortuna en Francia. La verdadera fortuna para las mujeres consiste en la idea de Dios. Velad por ella, os autorizo para que la eduqueis en el castillo de Pernand con una aya; hacedlo en nombre mio y en el de mi prima, la cual, segun creo, os confió la guarda del castillo durante su ausencia.

Parisís contó que Antonia había sido pegada por su primo.

—Caballero, dijo el cura, yo salvaré el cordero de los lobos, pues segun dice la Santa Escritura, «es necesario desviar las almas del camino de los pecadores.»

Antonia escuchaba con vaga sorpresa; comprendia que la suerte que se la reservaba era digna de envidia; mas hubiese preferido seguir á Octavio y montar en grupas de su caballo.

Resignóse, no obstante, y se contentó en besar su mano en señal de despedida.

El jóven prometió visitarla si el cura daba buenas noticias de ella.

No era aquella la primera vez en que Parisís se desviaba del camino del pecado. No ocurren en Paris esos encuentros entre aquel que busca una mujer y



aquella que busca un hombre? Cuando Octavio veía que se arrojaba á él una jóven hambrienta para arrojarse en el abismo con objeto de salvar los suyos de la miseria, el jóven la daba dinero y la despedía mas virtuosa que antes, diciéndola que, en su concepto, es necesario pagar las mujeres por sus virtudes y no por sus vicios.

No repito las frases de Octavio para suponer que sea digno del premio Montyon; pero no deseo que se juzgue mal á mi héroe bajo el pretesto de que era hombre enamorado.

No juraré, sin embargo, que Parisis no guardase en su mente alguna vaga idea de amar algun dia á Antonia, pues el jóven se decia conservando el recuerdo de su voz y su semblante:

—Quizá he obrado bien metiéndola en el Conservatorio.

## VI.

## EL MAÑANA DE LA DICHA.

El hombre que construye su dicha es semejante á esos niños que levantan un castillo de naipes. A cada instante el edificio se desploma antes de hallarse concluido. Si por casualidad ó por destreza este castillo logra terminarse, el niño lo admira y se estraña de verlo tan hermoso; pero casi en aquel mismo instante se camplace en destruirlo.

El señor de Parisis tenia ante sus ojos el castillo encantado para alojar en él su dicha. Su dicha estaba compuesta de todas las poesias; saboreaba religiosamente ese amor de una virgen que el poeta llama una Piedad. Habia encontrado un ángel guardian visible, habia encontrado el Amor bajo la forma de la Belleza. Genoveva, demasiado romántica antes de su matrimonio, habia tomado la sonriente gravedad de una esposa y de una madre; era el alma de la casa. Despues de todas las sacudidas y negligencias de la fortuna, Octavio se veia rico, podia vivir á su capricho ya en Paris, ya en su castillo, llevando una existencia de príncipe. Tenia los mas hermosos ca-



ballos del mundo, triunfaba en las carreras y su hacienda estaba próspera. Solo tenia que pronunciar una frase para volver á empezar su carrera en la Cámara de Diputados: los hombres mas influyentes del distrito habian ido á ofrecerle veinte mil votos en las próximas elecciones. Si queria entrar en la diplomacia solo debia indicarlo toda vez que habia dejado escelentes recuerdos en casa el ministro ó en el palacio del Emperador. Todo, pues, le sonreia; pero la verdadera dicha no pertenece á este mundo. El infinito, que es la fuerza de nuestra alma, nos condena sobre la tierra; en el castillo de la dicha abrimos la ventana para ver el mas allá; deseamos lo desconocido constantemente devorados por esa curiosidad vici6 la leche de nuestra primera madre.

Hé aquí porque en el castillo de Parisis que se habia convertido en el castillo de la Dicha, Octavio abria la ventana y contemplaba el horizonte.

Qué hay mas allá de las nubes, mas allá de las montañas, mas allá de las nieves eternas, mas allá de los océanos, mas allá de las estrellas, mas allá de los mundos? Por mas que el alma se fatigue en la carrera de lo infinito, nunca llega á su término.

Si se ama tanto el amor es porque el amor es un átomo de lo infinito, es un abismo sin fondo, es un cielo sin barrera, donde uno se lanza y vuela perdidamente. Amar casi equivale á ser Dios; equivale á vivir la existencia eterna; equivale á probar el cielo, á fundirse en la inmensidad.

Aunque Parisis no fuese en materia de amor un soñador platónico; aunque en él el amor fuese mas bien una accion que un sentimiento, como era un buscador y como su cuerpo no entregaba su alma, sentia en sus abrazos de una hora, en sus pasiones de un dia, todas las embriagueces del pensamiento; se embarcaba á toda vela, para alcanzar la dorada orilla, los paises imposibles y los caminos estrellados.

Verdad es que su mujer le era mil veces mas querida que todas las criaturas que habia «arrastrado.» Pero no le daba el vértigo. Improvisaba en torno suyo un horizonte de oro y azul; pero aquello era el mundo conocido; por mas que variase hasta lo infinito, las melodias y sinfonias de su alma pertenecian siempre á la misma ópera.

Octavio tenia la desgracia de entusiasmarse demasiado en los estrenos.

Hé aquí porque al llegar el invierno hizo que Genoveva se decidiese á ir dos ó tres meses á Paris, por mas que el jóven la hubiese dicho mas de veinte veces que el invierno se deslizaria viviendo en Parisis.

Se llevaron, pues, su dicha á la capital de Francia.